

## CAPÍTULO CUARTO.

PROGRESION DEL PLAN EN EL SENTIDO DE LA IDEA.

No basta concebir un plan con todas las cualidades que requiere, para llamarle perfecto, el arte oratorio. Es necesario además desenvolver este plan bajo todos los aspectos de la elocuencia. Estos aspectos son: primero, la prueba que tiende al convencimiento; segundo, la forma que tiende á su agrado; tercero el sentimiento que tiende á la moción y persuasión. Un plan todo sustancia en su desarrollo traeria las ventajas de la solidez; pero incapaz de agradar ni de persuadir, porque para uno y otro no bastan las pruebas y argumentos, dejaria de corresponder á su objeto: una progresion de pura imaginativa ó solo sentimiento produciria el embeleso de la sorpresa ó la conmocion pasajera de un golpe inesperado; pero por falta de pruebas y razones seria del todo estéril para el auditorio. Deben concurrir las tres cosas, y por lo mismo hemos hecho de cada una de ellas un capítulo separado.

Contrayéndonos pues á lo primero, debemos advertir que el predicador ha menester de hacer concurrir la naturaleza, la instruccion y el arte para el desarrollo perfecto de su plan en el sentido de la prueba. Ya hemos dicho lo que se entiende por pruebas, cuántas son sus especies y cuáles sus principales aplicaciones. Réstanos ahora decir algo de mas peculiar al asunto, y al efecto extractaremos lo conducente de un célebre escritor.

“Nueve son las principales fuentes en que puede beber el predicador para el desarrollo de su plan. Primera, los lugares comunes de la predicacion, como la salvacion, el juicio, la eternidad, el amor de Dios, la vida, pasion y muerte de Jesucristo, los beneficios de Dios, las virtudes ó los vicios, los sacramentos, la oracion, &c., &c. Estos lugares comunes empleados con oportunidad, tino, sobriedad y gracia surten el mejor efecto. Por consiguiente, no deben intervenir sino como puntos accesorios ó subalternos de lo principal; y esto apropiados de tal suerte al asunto que parezcan como nacidos para solo él.”

“La segunda fuente consiste en los monumentos de nuestra fe, conviene á saber: la santa Escritura, los Padres, los

DEL PENS. Y SU ENUNCIACION.

287

concilios, &c., &c.” mas habiendo tratado ya de esto, no diremos nada mas á su propósito.

“La tercera fuente consiste en el conocimiento claro y distinto del asunto mismo y sus principales relaciones, como las de las causas, principios, medios, efectos, &c. &c.”

“La cuarta fuente de un buen desarrollo se tiene en las circunstancias de lugar, de tiempo, de las personas y de otros objetos que desde luego saltan á la vista del orador que estudia y medita bien su asunto.”

“La quinta fuente de un buen desarrollo se puede hallar en las comparaciones oportunas, las diferencias bien notadas, los contrastes naturalmente introducidos.” Sobre todos estos puntos se han dado ya las reglas hablando de las formas oratorias. Lo mismo respectivamente debemos decir de los ejemplos y parábolas que se citan y con razon como la sexta fuente de los medios que pueden servir para propagar las ideas; de la experiencia bien estudiada, que es la sétima fuente; de la lógica y retórica que son la octava, y del conocimiento de las costumbres en sus relaciones con el deber, que es la última fuente de un buen desarrollo.<sup>1</sup>

## CAPÍTULO QUINTO.

PROGRESION DEL PLAN EN EL SENTIDO DEL ESTILO.

Es necesario que las pruebas, no limitadas á llenar las condiciones lógicas del discurso, se revistan al paso de las formas propias de los pensamientos, esto es, de aquellas galas con que debe presentarse la idea para que la predicacion sea no solo instructiva, sino tambien agradable. Esto es lo que queremos dar á entender cuando decimos que el orador debe procurar igualmente desarrollar el plan de su discurso en el sentido del estilo.

Para esto es necesario en primer lugar, observar escrupulosamente las reglas que ya dimos acerca de las formas oratorias del pensamiento; y en segundo, emplear aquellas que mejor correspondan al carácter y objeto particular del discurso. Sin decir pues aquí nada sobre este punto, haremos algunas observaciones á propósito del estilo oratorio en general.

Hai tres especies de formas en el estilo: la monóloga, la directa y la dramática. El estilo monólogo es aquel en que el orador habla sin dirigirse á nadie, discurre como pa-

<sup>1</sup> Véase á Hamon en su obra citada, de la cual hemos extractado esto.

ra sí y cual si no tuviese auditorio. El directo es aquel en que el orador habla frecuentemente á su auditorio. El dramático es aquel en que mediante los frecuentes y oportunos dialogismos, comunica á su discurso ese movimiento vário de la interlocucion que hace el interes y forma el carácter del drama.

Los mas eminentes oradores tanto sagrados como profanos han sido siempre muy solícitos de este interes, y aunque usan del monólogo algunas veces, es con tanta economía, que parece lo hacen tan solo cuando la necesidad los estrecha. La insostenible monotonía del monólogo comienza por difundir la desazon en todo el auditorio y acaba por conciliar el sueño; pero el uso de ciertas figuras valientes que inflaman la imaginacion y despiertan la sensibilidad, la sucesion rápida de escenas en que unas veces habla solo el orador, otras increpa fuertemente á su auditorio, unas veces se dirige á cierta clase de oyentes, otras á todos en comun, ó bien se queda inmóvil en una meditacion profunda, para interrumpir el silencio con una interrogacion sublime á Dios: todos estos resortes bien manejados dan á la pieza mucho mérito y grangean al orador innumerables triunfos. Pero cuando éste, reducido á los medios probatorios, habla siempre por sí y nunca varía la escena, podrá tal vez realizar todos los prodigios de que es susceptible un raciocinio bien ejercitado, mas nunca vibrar una sola cuerda del corazon.

“No creais, dice el Cardenal de Maury, hacer un libro cuando componéis un sermón. Guardaos de emplear nunca las fórmulas heladas de un escritor que habla en el púlpito á ejemplo de algunos predicadores ingleses. ¿Queréis hacer vuestra elocuencia natural y animada? Evitad la languidez del monólogo por la vivacidad del estilo directo: conversad incesantemente con todos estos interlocutores mudos en apariencia, pero cuyos suspiros espía y distingue la religion, cuyas lágrimas excita y recoge, y cuyos remordimientos escucha. En vez de sumergiros en contemplaciones abstractas, hablad á esa reunion média vencida ya por su fe, y que se rinde á vosotros para ser conmovida. En medio de este concurso público aguarda en secreto cada uno de sus individuos el asunto de una conversacion magnífica que á presencia de Dios va á establecerse entre vuestro ministerio y su conciencia. Perturbado tal vez de antemano sin vuestra prevision en la soledad de sus ideas, el culpable está pronto á aislarse por sus remordimientos, cuando vuestra caridad deja la acusacion colectiva, mientras que un apóstrofe mas preciso convertiria en un reproche in-

dividual cada censura de vuestro zelo. Confiad sin temor en el poder de esta moral tan generalizada, sin dividir, sin asignar nunca sus partes, y cada uno, distinguiéndolas todas perfectamente, tomará para sí la que le corresponda.”

Mas no basta hablar á los oyentes; es preciso hacerlos hablar tambien á ellos, y juntar con las insinuaciones del estilo directo el interes mas íntimo del diálogo. Este era el secreto de los antiguos: mas inmediatos que nosotros á la naturaleza sabian tomar su lenguaje, revestirse con su fresco y agradable colorido, tener siempre á la vista sus modelos perfectos, y dar por tanto á las obras maestras de la elocuencia, lo mismo que á las producciones de las bellas artes, aquellas gracias vírgenes y seductoras, siempre antiguas y siempre nuevas, que lejos de quedar sumergidas bajo los escombros de los siglos, vuelan á la posteridad sobre las alas del tiempo.

El defensor de Milon incapaz de quedar satisfecho con dirigirse siempre á sus jueces, todo lo pone en accion y en movimiento; con todos habla y hace que todos le respondan: unas veces sube al Olimpo para hacer bajar de allí la proteccion de los Dioses; otras veces vuelve sobre sí mismo, creyendo no haber dicho lo bastante ó haberse explicado con ménos fuerza: otras veces se reprocha el haber comparado á Scipion, á Pompeyo y aun á sí mismo con el indigno Clodio; otras, finalmente, atormentado con el espectáculo de aquel juicio, se abandona á la indiscreta y sacrilega optacion de que este criminal saliese del sepulcro para obtener ó los honores de la Pretura ó las faces del Consulado, ó para hacer depender de su voluntad los destinos de Roma; mas en este acceso de furia, advertido repentinamente por su razon de lo que hace, se convierte luego á la patria lleno de timidez, para que le perdone aquel voto impío que una amistad ardiente ha arrancado á su corazon. Aquí recuerda los himnos de triunfo que la Grecia entonaba á sus grandes hombres, allí excita el reconocimiento de los romanos, abriendo las páginas de la historia contemporánea para reparar los derechos de su ilustre cliente á la gratitud nacional; acullá le presenta con todos los atributos de la grandeza y bañado ya con los resplandores purísimos de la gloria. ¿Quién no se siente arrebatado de una fuerza inexplicable de conviccion cuando á la voz de Marco Tulio ve aparecer en el foro á los bosques de Alba, para dar testimonio de la inocencia? Pero ¡ah! el corazon se liquida y los ojos no pueden contener sus lágrimas al ver desprendidas á torrentes las del orador, cuando en el epilogo de este discurso,

viendo en la firmeza de carácter de Milon cierta noble resignación y entereza muy parecidas á la insensibilidad, se aparta absolutamente del fondo de la causa, para abandonarse libremente á los amargos sentimientos que en aquel instante excita la ternura, la compasión, la gratitud y la amistad. Si habla Milon aquí, es para decir un último adiós á sus conciudadanos, y pronunciar el voto más solemne por las glorias de Roma; para deplorar sus trabajos, maldecir sus esperanzas y detestar sus proyectos grandiosos: si se dirige á Marco Tulio (porque acostumbraba hablarle con demasiada frecuencia) es para preguntarle si, habiendo sido restituído por él á la patria, pudo haber sospechado nunca que un día la patria arrojaría de sí á su libertador. “¿Dónde está, el senado, le decía, á quien hemos estado constantemente adheridos? ¿dónde aquellos romanos tan adictos á sus intereses? ¿dónde aquellos votos sinceros de todas las ciudades municipales? ¿aquellas aclamaciones unánimes de toda la Italia? y tú mismo, Ciceron, ¿qué ha venido á ser de aquella voz, protección y defensa de tantos ciudadanos? ¿quedará impotente para mí solo que tantas veces he desafiado la muerte por salvarte?”<sup>1</sup>

Bossuet era muy joven todavía cuando en su sermón para el día de pascua nos anuncia sus insignes talentos oratorios con este pasaje lleno de verdad, de energía, de belleza, de movimiento y de magestad. “La vida humana, dice, se asemeja á una senda cuyo término es un precipicio. Desde el primer paso se nos advierte de él; pero la lei está dada, y es preciso seguir adelante.—Yo quisiera quedarme atrás.—¡Marcha! ¡marcha! Un invencible peso, una fuerza irresistible nos arrastra, es fuerza avanzar incesantemente hácia el abismo. Mil tropiezos, mil penas nos fatigan é inquietan en la ruta.—¡Oh si aun fuera tiempo de evitar yo este precipicio espantoso!—No, no, es preciso marchar, es preciso correr: ¡tal es la rapidez de los años! Sin embargo, todos los hombres se consuelan, porque á cada paso encontramos en el camino mil objetos que nos divierten, las aguas corrientes y las flores que pasan. Quisiera uno detenerse aquí.—¡Marcha! ¡marcha! A poco vemos caer tras de nosotros cuanto habíamos pasado.—¡Horrible fracaso! decimos, ¡inevitable ruina!—Sin embargo, todavía nos consuela llevar algunas flores recogidas en el tránsito y que

<sup>1</sup> Hemos hablado de Ciceron, para que al citar á los oradores insignes del cristianismo, se vea cuánto influye el estudio de los antiguos en la perfección del estilo.

“vemos marchitarse en nuestras manos; algunos frutos que se pierden tan luego como se les gusta.—¡Eacantamiento! exclamamos, ¡ilusion!—¡Mortal! siempre arrastrado, tú te acercarás al piélago espantoso. Ya todo comienza á borrarse: los jardines ménos floridos, las flores ménos brillantes, los colores ménos vivos, las praderías ménos risueñas, las aguas ménos claras; todo se marchita, todo se borra. La sombra de la muerte se extiende delante de los ojos; comienza á sentir la proximidad del fatal golfo; pero no basta, es preciso llegar hasta su orilla. ¡Aun un poco más! el horror perturba los sentidos, la cabeza se trastorna, los ojos se extravían. ¡Es preciso marchar! Se quisiera volver atrás, se multiplican los medios; pero todo ha caído, todo se ha desvanecido, todo se ha escapado.”

Nunca pudiéramos admirar suficientemente los primores de esta pintura; pero nuestro objeto es mostrar en ella cuánto progresa el interés aun de las mismas descripciones, cuando el orador sabe mezclar otras voces con la suya, cuando así varía los tonos y movimientos hasta en aquellos pasajes que regularmente no se prestan al diálogo. Esa fuerza secreta y desconocida que nos arrastra al sepulcro, esa voz terrible que suspende ó destruye nuestras ilusiones dirigidas á contener la marcha del tiempo: ¡Marcha! ¡marcha! estas palabras monótonas y espantosas, pronunciadas de tiempo en tiempo, y no más que para interrumpir con amarga hiel nuestros goces, representa con toda propiedad, al hombre en tenaz y abierta lucha con el tiempo.

Ningun lugar más oportuno que este para hablar de un misionero francés que sin el refinamiento de otros oradores, pero lleno de doctrina, experiencia y zelo apostólico, y dotado en alto punto de aquella elocuencia del alma que es antes una prenda de la naturaleza, que un resultado del estudio y del arte, supo llenar á la Francia con el ruido de su nombre, á pesar de que nunca se presentaba sino en los templos humildes de la gente del pueblo. En un sermón sobre la eternidad que tenia por texto este versículo de los salmos: *Annos aeternos in mente habui*, expresó con mayor sencillez y popularidad, pero no con ménos energía el mismo pensamiento que con todos los hechizos de una imaginación poética habia presentado Bossuet sobre la brevedad de la vida. “Y bien, dice, ¿en qué os fundáis pues para creer tan lejano vuestro último día? ¿Es acaso en vuestra juventud? Sí, respondéis: todavía no cuento más de veinte, treinta años. ¡Ah! ¿cómo os engañáis! No habéis vivido veinte ó treinta años como decís: la muerte es la que lleva ya veinte

“ó treinta años de camino hacia vosotros: treinta años de gracias que Dios ha querido concederos con dejaros vivir, que vosotros le debéis, y que os tienen ya tan cerca del término en que la muerte debe acabaros. Empezad pues á tomar ya vuestras precauciones, porque la eternidad señala sobre vuestra frente el fatal instante en que va á comenzar para vosotros. ¿Y sabéis lo que es la eternidad? Es un péndulo, cuyo continuo balancear dice y repite estas dos únicas palabras en el silencio de los sepulcros: ¡SIEMPRE! ¡JAMAS! ¡JAMAS! ¡SIEMPRE y SIEMPRE! ¿Qué hora es? clama un réprobo, y la voz de otro miserable le responde: “¡LA ETERNIDAD!” “El organo tonante de Bridaine, dice Maury, ministraba en estas ocasiones á su elocuencia nuevos grados de energía; y el auditorio agoviado por la impetuosidad de su accion y el poder de sus figuras, estaba entónces consternado á su presencia. El profundo silencio que reinaba en el concurso, sobre todo cuando él predicaba, segun lo tenia de costumbre, al entrar de la noche, era interrumpido de tiempo en tiempo por suspiros prolongados y lúgubres que partian á la vez de todas las extremidades del templo, cuyas bóvedas retemblaban al fin con gritos inarticulados y profundos gemidos. Estos acentos de un dolor sordo y sofocado se distinguian á largas distancias entre las agitaciones del remordimiento, que bien pronto hacia estallar su accion secreta y profunda sobre las conciencias por los multiplicados y repetidos golpes con que cada uno heria entónces su pecho. ¡Oradores que no pensáis sino en extender vuestra fama, reconoced aquí á vuestro soberano! Caed á los piés de este hombre apostólico, y de un misionero aprended la verdadera elocuencia!”<sup>1</sup>

Si por medio del diálogo consiguieron Platon y Marco Tullio hacer tan interesantes los puntos de metafísica. ¿Cuánto mayor movimiento y vida no daría en el género oratorio á la moral, este método rápido y atractivo? El diálogo en el discurso suple á los interlocutores, ilustra las ideas, resuelve las objeciones, rompe la monotonía del monólogo, reproduce todo el encanto de una conversacion animada, fortifica el raciocinio, é inspira una dulce confianza, con tal que el orador no debilite nunca los argumentos que debe proponer: porque si el oyente puede comunicarles mayor fuerza, ya no quiere escuchar lo que se responde, y si esta respuesta no es decisiva, concede al adversario incontestada-

<sup>1</sup> MAURY. Essai sur l'éloquence de la chaire.

bles derechos á la victoria. Nada es mas propio para renovar la atencion, que esas suspensiones interlocutorias diestramente introducidas, para hacer flotar al auditorio en una especie de hesitacion ó incertidumbre que al principio se derivan de un movimiento de sorpresa inquieta, cuando el orador se hace á sí mismo ciertas objeciones; pero que muy luego se trasforman en curiosidad, en interés, en exámen crítico, y por fin, en placeres del entendimiento en el instante que se les refuta con todo el ascendiente de la verdad.

Un ejemplo de estos diálogos que mantienen al auditorio en una ansiosa expectativa nos suministra Massillon en su discurso moral sobre la confusion de los buenos con los malos. “Los justos, dice, quitan á la iniquidad todas sus excusas. ¿Diréis acaso que no habéis hecho sino seguir los ejemplos establecidos? Pero los justos que hai entre vosotros, ¿se conforman con esto? Os excusaréis con las consecuencias irreparables de un nacimiento ilustre? Conocéis muchos que con un nombre mas distinguido que el vuestro han sabido santificar su esplendor. ¿Qué! ¿la vivacidad de la edad? ¿la delicadeza del sexo? Todos los dias se os muestran personas que en una juventud florida y con talentos propios del mundo no han tenido sino pensamientos dirigidos al cielo. ¿Qué! ¿la dispacion de los empleos? Estáis viendo hombres encargados de otros mayores que los vuestros, y que sin embargo hacen de su salvacion el principal negocio. ¿Vuestro gusto por el placer? El placer es la primera inclinacion de los hombres; y sin embargo, hai justos en quienes todavía es mas violenta y que han nacido con disposiciones ménos favorables á la virtud que vosotros. ¿Vuestras aflicciones? Hai gentes mucho mas infelices. ¿Vuestra prosperidad? Se encuentran muchos que han sabido santificarse en la abundancia. ¿Vuestra salud? ¿Cuántos hai que en medio de un cuerpo enfermo llevan una llama de una fuerza divina! Volveos á todas partes: ¿cuantos son los justos sobre la tierra, son los testigos que deponen contra vosotros.”

Regístrense los escritores profanos, y en ellos no se hallarán muchos ejemplos de esta lógica nerviosa de este análisis claro, estrecho y triunfante que nada tiene que envidiar á los diálogos mas bien sostenidos de los poetas dramáticos. Todavía inspira mayor interés este pasaje donde introduce hablando solo al pecador, cuando la proximidad de su muerte le anuncia cuán despreciables é inútiles fueron todos sus conatos para distinguirse en el mundo. “¿Ah! dice, entónces es cuando el pecador agoviado, espantado de su cegue-

“dad y de sus errores, no encontrando ya sino un grande vacío en una vida ocupada toda por solo el mundo; viendo que aun no empieza á vivir despues de la gran serie de años que ha vivido dejando por ventura las historias llenas de sus acciones, los monumentos públicos recargados con los sucesos de su vida, el mundo lleno del ruido de su nombre, y no dejando nada que merezca ser escrito en el libro de la eternidad, y que pueda servir delante de Dios; empieza entónces, aunque mui tarde, á usar para consigo mismo de un idioma que frecuentemente hemos escuchado. ¡Yo, exclama, no he vivido pues sino para la vanidad! ¡Que no haya hecho por Dios todo lo que hice por aquellos que reconocia como Señores! ¡Ah! ¿se necesitaba de tantas agitaciones y penas para perderse? ¡Que no haya recibido al ménos un consuelo en este mundo? ¡Habria disfrutado siquiera de lo presente, de este instante que se me escapa y no lo hubiera perdido todo; pero mi vida ha estado llena sin cesar de inquietudes agitadas, de sujeciones, de fatigas, de contrariedades; y todo esto para prepararme una desgracia eterna. ¡Qué locura haber decidido mas para perderme de lo que habria sido necesario sufrir para salvarme; y haber mirado la vida de la gente honrada como una vida triste é insoportable, cuando nada han hecho ellos tan difícil para Dios, que no haya hecho yo cien veces mas para el mundo, que no es nada, y de quien por lo mismo nada tengo que esperar! *Ambulavimus vias difficiles.... erravimus á via veritatis.*”<sup>1</sup>

Veamos ahora, para concluir, un trozo del mismo orador en que, despues de haber caracterizado á sus oyentes de manera que cada uno de ellos pudo haber estado convencido de no pertenecer al corto número de los que se salvan, reclama de nuevo toda su atencion, para sorprenderlos con un pensamiento espantoso.

“Por esto, dice, me dirijo exclusivamente á vosotros, hermanos míos, que estáis reunidos en este lugar; no hablo del resto de los hombres; os miro como si fuérais los únicos en la tierra, para manifestaros el pensamiento que me ocupa y que me espanta. Supongo que esta es la última hora de vuestra vida y el fin del universo; que los cielos van á abrirse sobre vuestras cabezas; que Jesucristo lleno de gloria va á aparecer en medio de este templo, y que vosotros no estáis aquí reunidos sino como criminales trémulos sobre quienes va á pronunciar una sentencia de gracia, ó un

<sup>1</sup> Job, cap. XVII, v. 11, Ibid, cap. XIII, v. 36.

“decreto de muerte eterna. Porque, no os engaños, vais á morir tales como sois ahora: todos estos deseos de mudanza que os lisongean, os lisongearán hasta el lecho de la muerte; esta es la experiencia de todos los siglos, y todo lo que entónces hallaréis de nuevo entre vosotros, será por ventura una cuenta mas estrecha de la que tendréis que dar en este dia; y por lo que seriais, si se os juzgara en este momento, podéis casi decidir de lo que va á sucederos al salir de la vida.”

“Os pregunto pues, y os pregunto herido de terror, sin separar en este punto mi suerte de la vuestra, y poniéndome en la misma disposicion en que deseo entréis vosotros: yo os pregunto pues; si Jesucristo apareciese en este templo, en medio de este concurso el mas agusto del universo, para juzgaros, para hacer la terrible separacion de las ovejas y los cabritos; ¿creéis que el mayor número de todos los que aquí estamos seria colocado á la derecha? ¿creéis que las cosas á lo ménos quedarian iguales? ¿creéis que se encontrarían siquiera diez justos, que el Señor no pudo encontrar en otro tiempo en cinco ciudades enteras! Yo os lo pregunto, vosotros lo ignoráis, yo mismo lo ignoro: vos solo ¡o Dios mio! conocéis los que os pertenecen; pero si nosotros no conocemos los que son tuyos, sabemos ciertamente que no lo serán los pecadores. ¡Y quiénes son los fieles que están aquí reunidos! Los títulos y las dignidades no deben ser contados por nada; vosotros seréis despojados de ellas delante de Jesucristo. ¿Quiénes son pues? muchos pecadores que no quieren convertirse; muchos mas aun, que lo quisieran, pero que difieren su conversion; muchos otros que no se convierten nunca sino para volver á caer; en fin, un gran número que creen no tener necesidad de conversion: he aquí el partido de los réprobos. Separad estas cuatro especies de pecadores de esta asamblea santa; porque todos serán separados de ella en el gran dia. ¡Presentaos ahora justos! ¿en donde estáis? Resto de Israel, pasad á la derecha: trigo de Jesucristo, separate de esa paja que está destinada al fuego.... ¡O Dios mio! ¿en dónde están vuestros escogidos? ¿qué es lo que queda para vuestro rebaño?”

“Hermanos míos, nuestra pérdida es casi segura, y nosotros no pensamos en ella. Aun cuando en la terrible separacion que ha de hacerse un dia, no debiese quedar por parte de los réprobos sino solo un individuo de toda esta reunion, y una voz del cielo viniese á asegurarlo á este templo sin designar la persona; ¿quién de nosotros no temeria

“ser el infeliz! ¿Quién de nosotros no volvería luego sobre su conciencia, para examinar si sus crímenes no habían merecido este castigo! ¿quién de nosotros sobrecogido de espanto no preguntaría á Jesucristo, como en otro tiempo los Apóstoles. Señor: ¿seré acaso yo! *¿Nunquid ego sum Domine?* Y si se le concediese algun tiempo, ¿quién no se pondría en estado de alejar de sí tal infortunio por las lágrimas y gemidos de una verdadera penitencia?”

Este rasgo, que en sentir de un impío como Voltaire, es uno de los mas elocuentes que pueden hallarse entre los antiguos y modernos, manifiesta todo aquello de que es capaz el diálogo y movimiento bien manejados en los discursos oratorios. Los efectos que él produjo las dos veces que fué predicado este sermón, llenan de asombro. La primera (en la Iglesia de San Eustaquio de Paris) al llegar el orador á la interrogacion sublime: “¿ó Dios mió! ¿en dónde están vuestros escogidos! ¿qué es lo que queda para vuestro rebaño?” el pueblo todo se levantó repentinamente, y arrojó un grito sordo y lúgubre de espanto; y la segunda, que se predicó en la corte, Luis XIV cubrió su frente con sus manos, la corte se consternó extraordinariamente, y el mismo orador quedó largo rato suspenso, por haberse conmovido mas que todos los cortesanos.”

## CAPÍTULO OCTAVO.

DE LA PROGRESION DEL PLAN EN EL SENTIDO DE LA MOTION.

Entiéndese por mocion ó movimiento, oratorio un fuerte sacudimiento interior obrado en el fondo de la conciencia por la palabra del predicador. Esta es la piedra de toque de la elocuencia y el alto secreto de los grandes maestros. A esto van encaminados todos los demas desarrollos; el de la idea, que forma la conviccion; el del estilo que proporciona el agrado y se introduce por él en los caminos del corazon; y por último, el del sentimiento que, ya felizmente prevenido por la inteligencia y la imaginacion espera solo, digámoslo así, el último golpe que decide ya el triunfo de la elocuencia.

Mas para conmover así al auditorio, no basta prorumpir en exclamaciones frecuentes, ni poner en juego todas las figuras del sentimiento; esto valdria tanto como hacer de cualquiera composicion una obra mecánica: se necesita de que estos movimientos estén bien preparados, sin cuyo re-

quisito el rasgo mas patético no pasaria de una declamacion ridicula, y los pasajes mas notables por su calor serian apenas lugares comunes.

Mientras el predicador no haya predispuerto el espíritu de sus oyentes mediante un raciocinio concluyente, imágenes vivas y presentadas en un órden progresivo y una accion sostenida por movimientos bien graduados, en vano prorumpirá en acentos apasionados, porque el auditorio quedará frio.

Hai dos especies de preparaciones oratorias; una que llamaremos general, y otra particular: hablaremos aquí de la primera reservando la otra para el capítulo siguiente. La preparacion general consiste en el buen manejo del asunto, la exacta distribucion de la materia, la estrecha sucesion de las pruebas, la fuerza del convencimiento moral, que ablandando, por decirlo así, el corazon, le deja como un material á propósito para modificarle en todos sentidos, y le predispone para toda clase de impresiones. Se trata de dominar el corazon, de trasformarle, de convertirle hácia la virtud: ¿seria fácil producir tan maravillosos efectos sin esta preparacion general? ¿Le modificariamos ántes de ablandarle, ni le ablandariamos sin producir en él aquella especie de conviccion moral de que se muestra tan zeloso? ¿Qué efecto habria surtido el rasgo elocuente de Massillon, últimamente citado, si lo que precede á él desde la primera parte, no debiera verse como una preparacion continua para sacudir fuertemente el espíritu con este trozo lleno de sublimidad? Pero cuando el orador separa sus oyentes del resto de los hombres, abre los cielos y hace descender á Jesucristo; ninguno de los que le escuchaban era ya dueño de sí mismo, ninguno conservaba la entereza con que se habia presentado en el templo: el enemigo estaba derrotado, y la victoria de la moral casi decidida. Esperaba el pecador verdades comunes y estériles, como la prueba especulativa de que es mui corto el número de los escogidos; pero el orador abre su discurso manifestando la superficialidad de semejante táctica, y anuncia que va á decir cuales son las causas de que este número sea tan pequeño. El pecador aun cree conservar mil excusas para continuar pacífico en sus viejos hábitos: ¿son tantos y tan especiosos los pretextos de las pasiones! pero el orador perturba desde el principio esta seguridad, manifestando que al cielo no puede entrarse sino por la inocencia ó la penitencia. “¿Sois inocentes?” les pregunta: ¿pero quién podria colocarse en este número? “¿Sois penitentes?” pero en la descripcion de un pe-

nitente es ménos posible que alguno reconozca su imágen; y justificado así el terrible pensamiento de San Ambrosio, de que seria mas fácil encontrar inocentes que verdaderos penitentes, el auditorio siente ya una turbacion desconocida y espantosa. No es esto bastante, porque entrando ya en aplicaciones y pruebas de este aserto, manifiesta en seguida, como la segunda causa de que sea corto el número de los que se salvan, que las leyes comunes de los hombres y las máximas ordinarias de la multitud, son máximas incompatibles con la salud eterna. "Los intereses mas cuantiosos se sacrifican sin remordimiento á las leyes del lujo: el nacimiento, la riqueza y la razon de estado deciden comunmente del establecimiento de los hijos ó en el matrimonio ó en la Iglesia. ¿Se ha adquirido un gran nombre? es preciso, para atraerle los homenajes de la multitud, cometer cualquiera género de intrigas y bajezas. ¿Estámos en la juventud? esta es la edad de los placeres. ¿Es esta la doctrina del Evangelio? ¿son estas las máximas y ejemplos de los santos? Sin embargo, tales son las reglas del uso, tales los principios del mundo. Pero cada uno se aquieta con su vecino, y encuentra su seguridad en el ejemplo de la multitud: pero esta es la prueba mas robusta de que cada uno será perteneciente al partido de los réprobos. "No os conforméis con el siglo corrompido, dice la Santa Escritura." ¿Seguís á la multitud? ¿no hacéis mas que lo que hacen los otros? vosotros correréis su misma suerte, porque casi todos siguen las máximas del mundo, y por consiguiente son muy pocos los que se salvan." Se ha llegado ya á la demostracion; pero la elocuencia no se detiene aquí; sigue todas las excusas, acumula las pruebas; hiere, sacude, aterra, confunde. La tercera parte donde el orador se propone desenvolver la tercera causa de su asercion, prueba, siguiendo fielmente los hechos, descubriendo á toda luz las pasiones, guiado siempre por la antorcha de la experiencia, que las máximas y reglas mas generalmente ignoradas son precisamente las mas indispensables para la salvacion. Se ha renunciado en el bautismo al mundo, al demonio y á la carne; pero estos tres enemigos parece que aguardan con toda seguridad que brille por la vez primera en nosotros la luz de la razon, para arrancarnos una retractacion solemne de aquellos votos, y seguir obteniendo nuestras adoraciones sin cesar por todo el curso de la vida. La necesidad de vivir en el mundo no solo tuerce nuestra conciencia, obligándonos á dar crédito á sus máximas por un hábito corrompido de grandes y profundos errores, sino que nos hace permi-

tinios como licitas mil costumbres adversas al espíritu del Evangelio. El demonio se ha hecho tan familiar con nosotros por las costumbres envejecidas en el pecado, que ya no conocemos sus astucias ni sentimos sus tentaciones. Finalmente, las abstinencias, los castigos y cuantas cosas practican las almas fieles para domar la carne é impedir sus funestos estragos en el espíritu, son á los ojos de la multitud rigurosas nimiedades propias de aquellas personas que huyen á ocultarse en los desiertos ó se encierran en los claustros; son excepciones á que la mayor parte no debe sujetarse: pero á los del ministro del Evangelio son excepciones es verdad, mas esto *porque la regla general es condenarse.*"

El auditorio entónces, combatido, aterrizado, desecho, sin tener objeciones que presentar contra la fuerza de estas verdades, desprovisto de todo género de recursos, sin excusas porque todas están destruidas, sin alientos para resistir; solo se permite, ó para mejor decir, deja escapar estas palabras que, aunque bajo el velo de una astucia, anuncian toda su consternacion y su espanto: "¿Quién podrá salvarse?" El orador repite esta pregunta, pero como quien empuña el arma de un enemigo para darle el último golpe. "¿Quién podrá salvarse? repite: ¿queréis saberlo? Los que trabajan con temblor en su eterna salud; los que viven en el mundo, pero no viven como el mundo. ¿Quién podrá salvarse? Esa mujer cristiana que encerrada en el recinto de sus deberes domésticos, educa á sus hijos en la fe y en la piedad, y deja al Señor la decision de su destino sin dividir su corazón entre Jesucristo y su Esposo. ¿Quién podrá salvarse? Ese fiel que en medio de la relajacion de estos últimos tiempos imita la primeras costumbres de los cristianos, tiene su corazón puro, y, como dice el Salmista, no ha recibido en vano su alma. ¿Quién podrá salvarse? Vosotros, mis caros oyentes, si queréis seguir estos ejemplos: he aquí los hombres que se salvan; pero este número es muy reducido."

"Estas verdades hacen temblar, y no son verdades vagas, que á todos se les dicen, para que ninguno se las aplique. Tal vez en este auditorio no hai uno que no pueda decir de sí mismo: "yo vivo como la mayor parte, como los de mi rango, de mi edad, de mi estado: soi perdido si muero en esta vida." ¿Qué cosa mas á propósito para espantar á una alma que aun conserve algun cuidado de su salvacion? Sin embargo, la multitud es la única que no tiembla: solo hai un corto número de justos que obran su salud por separado y con temblor; todo el resto está en calma: se sa-

"he en general que el mayor número se condena; pero cada uno se lisongea con que despues de haber vivido con la multitud, será de ella separado; cada uno se pone en el caso de una excepcion quimérica; cada uno presagia favorablemente para sí."

Aquí es el punto en que, aislando á sus oyentes del resto del género humano, considerándolos como si fuesen los únicos en la tierra, los ocupa con el terrible pensamiento del juicio final. Considérese ahora toda la energía que recibe el pasaje de cuanto ha precedido, así como lo que sin esto pudiera parecer, y se verá todo lo que importa preparar tales movimientos muy de antemano y con cierto género de preparacion que llamamos general, y de la cual hemos dado un ejemplo, aunque con demasiada concision.

## CAPÍTULO NOVENO.

### CONTINUACION.

#### PREPARACIONES ESPECIALES.

Pero no basta esta especie de preparacion; se necesita así mismo de formar la que determinadamente exige el pasaje, como se ve en el ejemplo citado. El último rasgo que dice: "¡ó Dios mio! ¿en dónde están vuestros escogidos? ¿qué queda para vuestro rebaño?" es el rasgo mas sublime de todo el pasaje, el que abre camino y eleva la elocuencia á su colmo: aquí es donde la mina hace su explosion, dice Maury; pero ella estaba cargada de mas alto. Aíslad esta frase, y colocad la exclamacion en un lugar ménos horroroso, y destruiréis así todo su efecto; pero poned en accion este mismo movimiento en el punto donde Massillon ha sabido asegurarle tanto poder, y descomponed todos los elementos oratorios. Ved esa fuerza y energía que crecen de continuo en este fenómeno de elocuencia; ved esas pinturas horribles que se producen y siguen con una rapidez asombrosa, y no ofrecen á la imaginacion mas que un instante, para inflamarla y trastornarla con esa suposicion de la muerte y del fin del mundo; ved esos cielos abiertos, esa aparicion repentina de Jesucristo en medio de aquel numeroso concurso; ese espectáculo del último juicio que va á fijar la eternidad, rodeándonos de antemano con esos testimonios de una experiencia universalísima, la cual nos anuncia que al término de nuestra vida la conciencia de todos se volverá á encontrar

en el estado mismo en que se halla en el momento en que se nos haga tan formidable anuncio. Ved el espanto del predicador que se pone en escena con su auditorio, manifestando con sobresalto la ignorancia mas profunda de su destino. Ved la explosion de la desesperacion que prepara esas conjeturas y esos resultados evidentes, que restringen á tan lamentable minoria el pequeño número de los predestinados, que Massillon no se atreve á extender ni aun á diez justos, en otro tiempo inútilmente buscados por el Señor en cinco ciudades enteras. Ved el efecto repentino de todos esos raciocinios perentorios, de los cuales se os deja sacar las consecuencias; esa enumeracion de cuatro clases de pecadores que componen la reunion, y en las cuales no se encuentra ningun oyente que no se vea obligado á reconocerse y colocarse, cuando escucha su propia sentencia en la conclusion de semejante alistamiento, cuyo indefinido número le hace tan terribles estas palabras en que está contenida su eterna reprobacion: ¡He aquí el partido de los réprobos! Y este apóstrofe desesperador que no deja por ventura un solo escogido al redor de vosotros ¿no ha venido á ser vuestro fallo? "¡Pareced ahora justos! ¿en dónde estáis? Esa interrogacion sublime á Dios, en el instante en que solo él puede discernir entre esa grande multitud algunos raros herederos de sus promesas, ¿no retiembla en el fondo de vuestra alma cuando en este inmenso vacío solo os queda lugar entre los réprobos? "¡ó Dios mio! ¿en dónde están vuestros escogidos? ¿qué es lo queda para vuestro rebaño?"<sup>1</sup>

Lo dicho basta para que se forme una idea de las preparaciones oratorias y se conozca su absoluta necesidad, á fin de que los sermones morales puedan llenar completamente su objeto; mas deseando materializar mucho los principios que llevamos establecidos, copiaremos á la letra para concluir este punto, una bellissima alegoria del autor citado, en la cual pretende representar con toda su exactitud lo que debe ser una preparacion oratoria.

"Os paseáis solo en la campaña una tarde de estío abandonandoos alternativamente á todos los sentimientos que inspiran el aspecto de los campos y el silencio de la naturaleza. Mientras se entrega vuestra imaginacion á meditaciones tan dulces, oís repentinamente el trueno que retumba sordo á lo lejos. Por ventura os sorprendéis con este ruido inesperado; mas el cielo está sereno, el aire en calma, y todo lo que os rodea se encuentra generalmente pacífico,

<sup>1</sup> MAURY. Essai sur l'éloquence de la chaire.



y esta primera impresion de sorpresa mui pronto se disipa. Pero que el Oriente empiece á ennegrecerse poco á poco y se oculte por fin bajo nubes sombrías, que el sol desaparezca; que el huracán levante torbellinos de polvo, que el relámpago brille, la atmósfera se inflame y que el rayo estalle luego despedezando dos nubes que se abren sobre vuestra cabeza; y quedaréis consternados, y vuestra alma preparada ya por graduales emociones á la explosion del trueno, sentirá entónces con mayor viveza los fuertes sacudimientos de estas prolongadas vibraciones. Lo mismo sucede en la elocuencia: es necesario por una multitud de ideas previas y accesorias disponer los espíritus á participar de todos los trasportes de espanto ó de confianza, de piedad ó de indignacion, de amor ó aborrecimiento de que actualmente nos sintamos poseidos." <sup>1</sup>

### CAPÍTULO DÉCIMO.

DE LA PROGRESION DEL PLAN EN CUANTO Á LA ECONOMÍA ARTÍSTICA DE LA COMPOSICION.

Ya hemos dicho, hablando de las composiciones oratorias en general, que todas ellas constan de cuatro partes; conviene á saber: *exordio*, *proposicion*, *confirmacion* y *peroracion*: hemos indicado las reglas á que cada una de estas partes está sujeta. Veámos ahora lo que puede observarse acerca de ellas, tratándose de la oratoria sagrada, porque aunque esta debe conformarse con las reglas comunes de todas las composiciones oratorias, tambien debe recibir aquella perfeccion propia y característica de su género. Hagamos pues estas observaciones, discurriendo en particular sobre cada una de las partes indicadas.

#### § I.

DEL EXORDIO.

El orador cristiano tiene la ventaja de contar con la disposicion excelente del pueblo fiel, y en consecuencia nada ó mui poco necesita para hacerse benévolo. Dígase lo que se quiera, los fieles se apresuran á ocupar el sagrado recinto, cuando la Iglesia los invita para que oigan la palabra de Dios; y el orador sagrado, cuyos caracteres están

<sup>1</sup> MAURY. Essai sur l'éloquence de la chaire.

afirmados en la creencia de los pueblos y le concilian su respeto y veneracion, no está en el caso del orador profano, el cual ha menester de allanarse los caminos, destruyendo las preveniciones, venciendo los obstáculos y ganando en cierto modo las pasiones, para lograr un buen éxito en su discurso. Lo mismo respectivamente debe decirse de la docilidad, á lo ménos de aquella que nace de una disposicion favorable á la persona del orador. Lo mas importante pues en el caso, es interesar la atencion, y dar al discurso un buen punto de partida.

Para lo primero, el orador ha menester de anunciar su asunto de una manera mui precisa, mui apropiada y mui dominante sobre la parte moral de su auditorio. El exordio no es mas que la entrada al asunto, como le llamaba Ciceron: por consiguiente, es preciso procurar que este ingreso sea natural y expedito. Para lo primero se requiere una noble sencillez, para lo segundo una grande precision. No debe el predicador ocupar su exordio en amplificaciones, henchirle, por decirlo así, de conceptos gastados y lugares comunes sino apresurarse lo posible, sin perjuicio de la naturalidad, á la indicacion del asunto, lo cual viene á ser el término del exordio.

En cuanto á la segunda mira que el orador debe proponerse en el exordio, dirémos que se halla en el caso de hacer brillar en él los pensamientos dominantes con tal orden y tanta luz, que desde luego el auditorio vea dilatarse á su vista un horizonte espacioso y bello que deba recorrer con el orador: es necesario que principios luminosos sábiamente colocados en el exordio estén anunciando ya los importantes resultados de las meditaciones profundas. De esta suerte el orador y el auditorio se identifican desde el exordio mismo, y marchan á igual paso por la carrera de la elocuencia.

#### § II.

DE LA PROPOSICION.

No basta exponer el asunto; es preciso caracterizarle para darle un carácter propio; circunscribirle, para darle una marcha fija; y definirle, para evitar los efectos de la oscuridad y confusion. "Esta precaucion, dice Maury, es necesaria, sobre todo cuando se trata de asuntos abstractos como la providencia, la verdad, la conciencia: porque el orador puede estar seguro de perderse en las especulaciones